

ITALO SVEVO

La Madre

En un valle rodeado de lomas boscosas y risueñas en sus colores de primavera, se alzaban, una junto a la otra, dos enormes casas construidas con piedra y cal. Parecían hechas por la misma mano; incluso los jardines, delimitados por setos, tenían la misma forma y dimensión. Quienes vivían allí, sin embargo, no parecían tener el mismo destino.

En uno de los jardines —mientras el perro dormía encadenado y el campesino limpiaba el huerto—, en un rincón, apartados, algunos pollitos hablaban de sus grandes experiencias. En el jardín había otros un poco más crecidos, pero a los pequeños —cuyo cuerpo aún conservaba la forma del huevo del que habían salido— les gustaba examinar entre ellos la vida en la que habían caído, porque aún no estaban tan habituados a ella para no verla. Ya habían sufrido y gozado, porque la vida de unos cuantos días es más larga de lo que parece a quien la sufrió por años; y sabían mucho, en vista de que una parte de la gran experiencia la traían consigo desde que estaban en el huevo. En efecto, tan pronto vieron la luz, supieron que es necesario examinar las cosas primero con un ojo y después con el otro, para ver si podían comerlas o no.

Y hablaron del mundo y de su vastedad, con aquellos árboles y aquellos setos que los rodeaban, y de aquella casa enorme y tan alta. Cosas que estaban allí, desde luego, pero que se veían mejor hablando de ellas.

Sin embargo, uno de ellos, el de la pelusa muy amarilla, satisfecho hasta el hartazgo —es decir desocupado—, no quedó contento de hablar de las cosas que se veían y de la tibieza del sol extrajo un recuerdo y lo manifestó de inmediato: “Es cierto que nosotros estamos bien porque hay sol, pero he sabido que es posible estar mejor en este mundo, lo cual me disgusta mucho y se los informo para que ustedes también se disgusten. La hija del campesino dijo que estamos ñangos porque nos falta la madre. Lo dijo con tanta compasión que me puse a llorar.”

Otro más blanco, pocas horas más joven que el primero, por lo cual todavía recordaba con gratitud la dulce atmósfera de la que había nacido, protestó: “Nosotros tuvimos una madre. Es la cajita esa, siempre caliente, aunque el frío sea muy intenso, de la que salen los pollitos hechos y derechos.”

El amarillo —que desde hacía tiempo llevaba grabadas en el ánimo las palabras de la campesina, y que por eso mismo había tenido tiempo de inflarlas soñando en aquella madre hasta imaginársela tan grande como el jardín y buena como la comida— exclamó, con un desprecio destinado no sólo a su interlocutor sino también a la madre de la que el otro hablaba: “Si se tratara de una madre muerta, todos la tendrían. Pero la madre está viva y corre mucho más rápida que nosotros. Tal vez tiene ruedas, como la carreta del campesino. Por eso puede acercarse sin que se le llame, para proteger con su calor a los hijos que están a punto de caer abatidos por el frío de este mundo. ¡Qué bonito ha de ser tener a un lado, de noche, a una madre así!”

Intervino un tercer pollito, hermano de los otros por haber salido de la misma máquina, aunque de forma diferente: el pico más ancho y las patas más cortas. Lo llamaban el pollito maleducado porque al comer hacía mucho ruido con el pico, cuando en realidad se trataba de un patito que entre sus iguales habría pasado por educadísimo. Él estuvo presente cuando la campesina hablaba de la madre. Fue en aquella ocasión que un pollito cayó muerto de frío sobre la hierba, rodeado de otros pollitos que no lo socorrieron porque ellos no sienten el frío que les toca a los otros. Y el patito, con el aire de ingenuidad que tenía su carita invadida por la base tan ancha de su pico, incluso no tuvo empacho en asegurar que los pollitos no podían morir cuando estaba la madre.

El deseo de tener una madre pronto infectó a todo el gallinero, tornándose más vivo e inquietante en la mente de los pollitos más grandes. Muchas veces las enfermedades

infantiles atacan a los adultos, resultando ser más peligrosas para éstos; lo mismo pasa a veces con las ideas. En aquellas cabecitas calentadas por la primavera se desarrolló desmesuradamente la imagen de la madre como ellas la concebían, y todo bien se llamó madre, el buen tiempo y la abundancia, y cuando sufrían pollitos, patitos y pavitos, todos se convertían en verdaderos hermanos porque suspiraban por la misma madre.

Uno de los pollitos más grandes juró un día que hallaría a una madre porque le era insufrible carecer de ella. Era el único bautizado en el gallinero, y se llamaba Curra porque cuando la campesina, con la comida en el delantal, decía *curra, curra*, él era el primero en acudir. Era ya vigoroso, casi un gallito, en cuyo ánimo generoso amanecía la combatividad. Largo y sutil como una navaja, exigía una madre que supiera admirarlo: una madre que, había oído decir, supiera procurarle toda la dulzura, que halagara su ambición y vanidad.

Muy resuelto, un buen día Curra superó el tupido seto que rodeaba el corral nativo, dando un solo salto. La vista que contemplaba lo dejó atarantado. ¿Dónde encontrar a la madre en la inmensidad de aquel valle sobre el cual un cielo azul parecía aún más extenso? A él, tan pequeño, no le era posible hurgar en aquella inmensidad. Por eso no se alejó demasiado del corral nativo, el mundo que conocía. Y caminó un poco, pensativo. Se halló de pronto frente al seto de otro corral.

—Si la madre estuviera del otro lado —pensó—, la encontraría de inmediato.

Venciendo el anonadamiento que le inspiraba el inmenso espacio, no lo dudó más y, de un solo brinco, se halló en un corral muy semejante al que conocía.

Allí también había un enjambre de pollitos muy tiernos que, sin parar un punto, se movían por entre la tupida hierba. Pero aquí había un animal que faltaba en el otro gallinero. Un pollito enorme, quizá diez veces más grande que Curra, se enseñoreaba entre los animaluchos sólo cubiertos de pelusa, los cuales —se veía de inmediato— consideraban al gran y poderoso animal como su jefe y protector. Y él cuidaba de todos. Lanzaba una reprimenda a quien se alejaba demasiado, con sonidos muy semejantes a los que hacía la campesina en su propio corral. Pero también hacía otras cosas. A cada momento se acucillaba sobre los más débiles cubriéndolos con todo el cuerpo, seguramente para transmitirles su propio calor.

—Esta es la madre —pensó Curra con alegría. La he hallado y ahora no la voy a dejar. ¡Cuánto me va a querer! Yo soy más fuerte y más bonito que todos éstos. Además, ningún trabajo me dará ser obediente, porque ya la quiero. ¡Qué bella y

majestuosa es! Yo ya la quiero y deseo someterme a ella. La voy a ayudar a proteger a estos insensatos.

La madre llamó a todos, sin mirarlo a él. Curra se acercó pensando que lo llamaba precisamente a él. La vio atareada en remover la tierra con movimientos rápidos y vigorosos de las patas, y le llamó la atención esa faena que él veía por primera vez. Cuando ella se detuvo, un pequeño gusano se retorció frente a ella sobre la tierra limpia de hierba. Ella empezó a cloquear, y los pollitos que la rodeaban permanecían estáticos, viéndola y sin comprender nada.

—¡Tontos! —pensó Curra. Ni siquiera entienden que ella quiere que coman el gusanillo.

Entonces Curra, estimulado por su entusiasmo y obediencia, se precipitó sobre la presa y la devoró.

¡Pobre de Curra! La madre se lanzó sobre él, furibunda. De primas a primeras él pensó que ella, feliz de encontrarlo, se apresuraba a acariciarlo. Él hubiera aceptado con gratitud todas las caricias que nadie le había hecho, por eso admitía que le hiciese mal. Pero la lluvia de picotazos que le cayó encima en nada se parecían a los besos y despejaron sus dudas. Quiso huir, pero el enorme pájaro, después de derribarlo, le saltó encima y le clavó las patas en el vientre.

Haciendo un gran esfuerzo, Curra logró levantarse y salir corriendo hacia el seto. En su desesperada carrera atropelló a unos pollitos, que se quedaron patas arriba, piando asustados. Y eso le permitió escapar, pues su enemiga se detuvo un instante junto a los caídos. Al llegar al seto, Curra, de un salto, a pesar de tantas ramas y espinas, llevó a la libertad a su pequeño y ágil cuerpo.

La madre, en cambio, se quedó atorada entre unas ramas. Y allí se quedó, majestuosa, viendo como desde una ventana al intruso que, exhausto, también se había detenido. Lo miraba con sus terribles ojos redondos, rojos de ira.

—¿Quién eres tú, que nos quitaste la comida que con tanto trabajo hallé en la tierra?

—Yo soy Curra —dijo humildemente el pollito. Pero ¿quién eres tú, y por qué me has hecho tanto mal?

Ella contestó las dos preguntas con una sola respuesta:

—Yo soy la madre.

Y le volvió la espalda con desdén.

Tiempo después, Curra se hallaba en un corral muy distinto, siendo ya un gallo de pelea, y oyó que todos sus nuevos compañeros hablaban de sus propias madres con afecto y nostalgia.

Admirando su propio y atroz destino, él dijo, con tristeza:

—Mi madre, en cambio, fue una bestia horrenda, y para mí hubiera sido mejor no haberla conocido. ♦